

## Transcripción del discurso de Leonard Cohen en la recepción de los Premios Príncipe de Asturias

Su Majestad, Sus Altezas Reales, Excelencias, miembros del jurado, distinguidos señores, damas y caballeros:

Es un gran honor estar aquí esta noche ante ustedes.

Como quizás le suceda al gran maestro Riccardo Muti, no estoy acostumbrado a enfrentarme a una audiencia sin una orquesta que me respalde, pero esta noche voy a dar lo mejor de mi como artista solista.

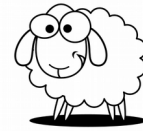
Pasé despierto toda la noche, preguntándome qué podría decir en esta augusta asamblea. Después de haber comido todo el chocolate y el maní del minibar, garabateé algunas palabras. No creo que tenga que atenerme a ellas.

Obviamente, estoy profundamente conmovido por este reconocimiento de la Fundación. Pero esta noche he venido a expresar otra clase de agradecimiento. Creo que puedo hacerlo en tres o cuatro minutos y voy a intentarlo.

Mientras hacía las valijas en Los Ángeles, me sentía un poco inquieto porque los premios de poesía siempre me han parecido algo equívocos. La poesía viene de un lugar que nadie comanda, que nadie conquista. Por eso me siento casi un charlatán, aceptando un premio por una actividad que no domino. En otras palabras, si yo supiera de dónde vienen las buenas canciones, iría a ese lugar más seguido.

En medio de esa tarea de hacer las valijas, sentí la necesidad de ir a ver mi guitarra. Tengo una guitarra [Conde](#), hecha en España en el gran taller del número 7 de la calle Gravina. Un hermoso instrumento que conseguí hace más de cuarenta años. La saqué del estuche, la sostuve en mis manos, parecía estar llena de helio, tan liviana. La levanté aún más, acerqué mi rostro a su boca de hermoso diseño y respiré la fragancia de la madera viva -ya saben, la madera nunca muere-. Respiré el perfume del cedro, tan fresco como el primer día. Y una voz pareció decirme "ya eres un hombre viejo y no has dado las gracias. No has llevado tu gratitud al suelo que nutrió esta fragancia". Así que aquí estoy esta noche para agradecer a la tierra y al alma de esta gente que tanto me ha dado. Porque sé muy bien que una tarjeta de identidad no es un hombre, sé que un índice de crédito no es un país.

Bien, ustedes saben de mi profunda asociación y confraternidad con el poeta [Federico García Lorca](#). Podría decirles que cuando yo era joven, un adolescente, que ansiaba tener una "voz", estudié a los poetas ingleses y me familiaricé con su obra y copié sus estilos, pero no pude encontrar "la voz". Fue al leer, aunque estuvieran traducidos, los textos de Lorca, cuando comprendí que había una voz. No es que copiara su voz, no me atrevería, sino que él me dio permiso para encontrar "la voz". Esto es, encontrar un "yo", un "yo" que no es estático, un "yo" que lucha por su propia existencia. Con el paso de los años, comprendí que esta voz incluía algunas instrucciones ¿Cuáles eran estas instrucciones?: Nunca plañir con displicencia. Y que si alguien va a expresar la gran e inevitable caída que nos espera a todos, debe hacerlo dentro de los estrictos límites de la dignidad y la belleza.



Entonces, tenía una "voz", pero no un instrumento. No tenía "la canción". Y ahora voy a contarles brevemente cómo obtuve mi canción. Porque yo era un guitarrista mediocre, aporreaba los pocos acordes que conocía. Me sentaba con mis amigos de la universidad a beber y cantar canciones folclóricas y populares de aquella época, pero nunca en mi vida me había sentido un músico o un cantante.

Un día, a principios de los años sesenta, estaba de visita en la casa de mi madre, en Montreal. La casa está al lado de un parque en el que hay una cancha de tenis, donde mucha gente se sienta a admirar a los jóvenes jugadores de tenis que disfrutaban del deporte. Vagando por ese parque que conocía desde mi infancia, vi a un joven tocando la guitarra, estaba tocando una guitarra de flamenco, rodeado de dos o tres chicas y chicos escuchándole. Me encantó como tocaba, había algo en la forma en que tocaba que me cautivó. Era la forma en la que yo habría querido tocar, aunque supiera que nunca sería capaz de hacerlo. Me senté unos momentos junto a los otros que escuchaban y cuando se hizo un silencio, un silencio propicio, le pregunté si me daría clases de guitarra. Era un joven Español. Y sólo podíamos comunicarnos en un francés precario, él no hablaba inglés. Aceptó darme clases de guitarra. Le señalé la casa de mi madre que se ve desde la cancha de tenis y acordamos el horario y el precio de las clases. Fue a la casa de mi madre al día siguiente y me dijo: "Toca algo, así te escucho". Intenté tocar algo y me dijo: "No sabes tocar nada ¿no?". Le respondí: "No, la verdad es que no". Dijo: "En primer lugar afinemos la guitarra, está completamente desafinada". La agarró, la afinó y dijo: "¡No es mala guitarra!". No era como la Conde, pero no era mala guitarra. Entonces me la dio y me dijo: "Prueba ahora". No hubo manera. Y me dijo: "Te voy a enseñar algunos acordes". Y tomó la guitarra y produjo un sonido que yo nunca había oído. Tocó una secuencia de acordes con trémolo y dijo: "Ahora prueba tú". Le respondí: "¡No hay forma de que yo pueda hacer eso!". Él dijo: "Déjame ayudarte con la posición de los dedos". Y acomodó mis dedos en el traste y dijo: "Ahora toca". Fue un desastre. Dijo: "Vuelvo mañana". Al otro día, vino, acomodó mis manos, colocó la guitarra en mi regazo de la forma correcta y empecé otra vez con esos seis acordes, con esa progresión de seis acordes que es la base de muchas canciones del flamenco. Me salió un poco mejor aquel día. Al tercer día mejoré un poco, un poquito más. Pero al menos ya había aprendido los acordes, aunque todavía no podía coordinar mi pulgar con los otros dedos para lograr el efecto del trémolo, ya sabía los acordes, los había aprendido muy bien. Al día siguiente él no vino... no vino. Yo tenía el número de su pensión en Montreal. llamé para averiguar por qué había faltado a clase y me dijeron que se había quitado la vida, que se había suicidado. Yo no sabía nada de aquel hombre, no sabía de que parte de España era, no sabía por qué había ido a Montreal, no sabía por qué se quedaba ahí ni por qué había aparecido en el parque aquel día. Yo no sabía por qué se había quitado la vida. Me entristeció mucho, por supuesto.

Pero ahora revelo algo que nunca he dicho en público. Esos seis acordes, esa progresión de guitarra ha sido la base de todas mis canciones y de toda mi música. Por lo tanto, ahora pueden ustedes empezar a comprender la dimensión de agradecimiento que siento por este país. Todo lo que ustedes juzgan digno en mi trabajo proviene de este lugar. Todo, todo lo que ustedes juzgan digno en mis canciones, en mi poesía, está inspirado en esta tierra. Por eso les agradezco tanto la cálida hospitalidad que han mostrado por mi trabajo, porque él realmente les pertenece y ustedes me han permitido estampar mi firma al pie de la página.

Muchas gracias señoras y señores.